La idea de Dios del nuevo hombre

LAS BASES DEL VIEJO MUNDO

EL HOMBRE MODERNO *y el* MUNDO CRISTIANO

Por Leopoldo ZEA

El hombre moderno se va poco a poco formando una imagen del mundo en todo opuesta a la del cristianismo. Perdido el otro mundo ha puesto el acento en éste, hasta llegar a la conclusión de que ya no necesita de aquél. Sin embargo, antes de establecer las bases de su nuevo mundo, tendrá que enfrentarse a las ideas en que se apoyaba la vieja visión del mundo. Sin negar la existencia de otro mundo, tal como lo hemos visto hacer a Descartes, se conforma con la conquista de éste. El hombre moderno se conforma con una moral laica y la ciencia dejando a los demás, a los teólogos, los problemas de la religión. Lo que se refiere a la salvación del alma no es algo que deba descuidarse, pero en este campo nada puede el nuevo hombre que todo quiere verlo a la luz de la razón, de aquí que encomiende a los clérigos dicha preocupación. Son los clérigos los únicos que saben lo que puede hacerse para salvar el alma; así, lo más práctico es que ellos se encarguen de tal misión. Si los clérigos creen que para salvar el alma es menester ir a misa, confesarse, realizar ejercicios religiosos, etc., está muy bien, después de todo el alma bien vale estas pequeñas molestias. Nada sabían de otro mundo, pero existía la duda de que éste pudiese existir, por lo mismo había que hacer algo para no ser sorprendido por lo inesperado. B. Groethuysen: *La formación de la conciencia burguesa.*

Pascal, tratando de convencer a los incrédulos de que debían prepararse para la muerte puesto que no les constaba la existencia o la no existencia de Dios, les dice: Apostemos a que hay Dios, pues tendremos más ganancia que si apostamos a que no hay. "Veamos la pérdida y la ganancia y apostemos cruz a que Dios existe. Estimemos los dos casos: si ganáis lo ganáis todo, si perdéis no perdéis nada. Apostad pues a que existe sin titubeos". A este juego empezó a jugar el hombre moderno, hombre práctico, dispuesto a no jugar en juego alguno en que pudiese perder. Seguiría siendo cristiano no por fe, que ahora como Descartes desconfía de todo, sino porque le convenía serlo, al menos en forma provisional, mientras tenía la seguridad de que no había peligro de otro mundo.

Hombres prácticos no podían tener sino una idea práctica de Dios. Así como sus filósofos se habían servido de Dios para salvar el mundo que trataban de conquistar, en la misma forma, los no filósofos, los dos hombres comunes y corrientes, los burgueses, que tal fué su nombre genérico, se servirían de Dios para justificar sus intereses. Dios no era para estos hombres otra cosa que un ser encargado de castigar los pecados y premiar las buenas obras. Dios era un ente justo que daba a cada quien lo que le convenía de acuerdo con sus obras. El hombre podía hacer méritos y hacerse acreedor al premio, podía pagar el precio *justo* de su salvación: asistir a las misas que fuesen necesarias, recibir todos los sacramentos y dar limosnas. Esta idea acerca de Dios estaba en pugna con la idea cristiana del mismo.

En torno a la idea de Dios se desatará una fuerte pugna, la de los jansenistas contra los jesuítas. Los primeros sostendrán la vieja idea de Dios de San Agustín; los segundos, en defensa de la Iglesia, más que del cristianismo, sostendrán una idea de Dios más afín al espíritu del hombre moderno. El Dios de los jansenistas es un Dios ante el cual deben humillarse todos los hombres; nada puede el hombre para acercarse a El, su salvación depende de la gracia divina. Es menester, decían los jansenistas, glorificar a Dios por todas partes rebajando a la criatura y anonadándola. Todo lo que el hombre tiene por sí mismo es un despojo hecho a Dios. El cristiano, dicen, debe amar su impotencia. "Un cristiano no debe traficar con su Dios: Dios es todo o es nada."

A los ojos de los jansenistas el Dios del nuevo hombre no era otra cosa que un astuto político, consciente de su debilidad e impotencia, que se sirve de todos los rodeos posibles para sostener tomando en cuenta la voluntad de sus criaturas, Dios no podía ser esto, Dios era todo lo contrario, un Ser poderoso, dueño y Señor del Universo, que otorga premios o castigos al que quiere, ya que el hombre por sus propios méritos no merecía otra cosa que el castigo.

A esta tesis se oponen los jesuítas diciendo ¿es éste un Dios al que se puede amar? Este Dios no es sino el más cruel de los señores. Dios no es todo, Dios está por su bondad al alcance de todos los hombres, sólo el que no quiere salvarse no se salva. En esta forma los jesuítas trataban de salvar a la Iglesia, bien conscientes de que una Iglesia, tal como querían que fuese los jansenistas, habría alejado al nuevo hombre. Pero los jansenistas insistían diciendo: "El Dios de los cristianos está a punto de ser destronado y reemplazado por otro Dios: por el Dios de los jesuítas, un Dios debilitado y humanizado". "Los jesuítas han destronado a Dios, lo han despojado de su omnipotencia. Su lugar ha sido ocupado por la criatura que con criminal arrogancia se ha apoderado del trono del Omnipotente y quisiera dominar al mundo".

En efecto, ha surgido un nuevo Dios, podríamos decir que ha surgido un Dios que está conforme con el nuevo orden no sólo cultural sino también social. El Dios del cristianismo era un Dios absoluto, su voluntad lo era todo, ante ella se doblegaban todas las criaturas de El dependientes. Pero ahora surge una especie de Dios demócrata, más limitado, más humano, un Dios que ya no pide imposibles, lo único que pide es la moderación, y la moderación es siempre buena. No es un Dios que exija al hombre, que tiene que vivir en el mundo, un estado de infelicidad en el mismo. El hombre muy bien puede ser feliz en este mundo y también en el otro, no tiene más que cumplir con ciertos deberes, como el de no estorbar la felicidad de sus semejantes.

El nuevo hombre ha entrado en tratos con su Creador, como luego entrará en tratos con su Rey. "Casi cabe afirmar —dice Groethuysen— que antes de que los franceses quisieran ver reguladas constitucionalmente las relaciones entre ellos y su rey, habían exigido los católicos de su Dios una especie de Constitución". Pedían una justicia basada en la igualdad de todos los hombres. No más elegidos, todos los hombres debían ser juzgados por igual, y según sus obras premiarlos o castigarlos. Los jansenistas no podían comprender a este nuevo hombre: ya no era el atribulado pecador que solicitaba con humildad la gracia y perdón de Dios, sino un hombre que exigía fuese tratado con justicia, sin arbitrariedades. Un hombre que pide se le juzgue como hombre y no como el ente que Dios quería hubiese sido. Al polvo no se le puede juzgar sino como polvo, empeñarse en otra cosa es injusticia. De su salvación no quiere el hombre moderno otro autor que él mismo. No quiere recibir nada gratis, no quiere una gracia que no sabe si recibirá o no. Lo que quiere es saber el precio justo de su salvación para dar esto y no más. Está dispuesto a seguir dentro de la Iglesia pero siempre y cuando ésta le asegure que guardando determinado orden, cumpliendo unas determinadas reglas y realizando determinados actos, se salva. Quiere saber si siendo honrado en la tierra, esto es, procurando no alterar los intereses de los demás, se salva. En adelante se hablará del "buen Dios" como se hablará del "buen Rey". Dios ha perdido su omnipotencia como el rey su poder absoluto. Este deberse el hombre a sí mismo todo, va a cambiar la relación entre el hombre y Dios, pronto no necesitará el hombre de Dios, el hombre podrá todo, salvarse o perderse, ser feliz o infeliz.

La idea moderna del pecado

La idea del hombre moderno acerca del pecado va a ser también distinta a la del cristiano. De acuerdo con la idea cristiana de la vida, la cual sigue sosteniendo el jansenismo, el hombre nace con la culpa, es culpable por su origen, es malo por naturaleza. Por sí mismo, por lo que es, no tiene derecho a la salvación. Sin embargo, Dios, todo bondad, le ha hecho merced, le ha otorgado su gracia, concediendo a algunos la salvación. Acerca de esto no tiene el hombre por qué protestar, pues lo justo sería en todo caso condenar a todos los hombres sin excepción.

Los jesuítas se oponen a esta idea del hombre pecador por naturaleza, diciendo: El hombre es más bien débil que malo, más bien ligero o inconstante que corrompido, más bien desgraciado que culpable. Esta idea es un anticipo de la que sostendrá Rousseau al afirmar que el hombre es bueno por naturaleza y que son las circunstancias, la historia, las que lo hacen malo. Los jesuítas no aceptan la idea del pecado que aún sostienen los jansenistas. Para el jansenista toda la vida del hombre es pecado, justamente porque no se entregaba a Dios. Para los jesuítas, no; separan la vida cotidiana de la vida religiosa. Cada cosa tiene su tiempo. Vivir la vida terrena no puede ser pecado, puesto que el hombre ha sido puesto por Dios en la tierra. La vida terrena queda justificada siempre y cuando el hombre no olvide que a Dios debe su existencia y los

(Para a la pág. 14)

EL HOMBRE PIDE QUE SE LE JUZGUE COMO HOMBRE

...EL CASTIGO DE LOS PECADOS...

JOSE GUADALUPE POSADA

(Viene de la pág. 9)

No podía faltar la expresión del sentimiento religioso: Coloquio para celebrar la maravillosa aparición de Na. Sa. de Guadalupe, que acompaña un grabado a toda plana de la venerada imagen; Los tiernos despedimentos a imágenes visitantes; Las oraciones para los días de Pasión; El Señor de las Maravillas; el Señor de Chalma; Alabanzas a Na. Sa. de la Soledad; A las ánimas benditas; al Señor del Sacromonte: Na. Sa. de Lagos; Oración a San Antonio.

Las hazañas de héroes, de bandidos o aventureros son cantadas e ilustradas: Verdaderos versos de Macario Romero; Versos de Valentín Mancera; Al malvado Ignacio Parra; Nuevos y divertidos versos de un valiente del Bajío; El valiente de Guadalajara; La tragedia de Heraclio Bernal; La tragedia de Belem Galindo.

El pueblo se divierte con el circo y con las tradicionales corridas de toros, en que el célebre Ponciano Díaz encontró la muerte y a quien se recuerda con respeto: Fúnebres recuerdos de Ponciano Díaz; como se celebra también a otro torero: Legítimos versos de Lino Zamora, con un precioso grabado que ilustra la suerte de banderillas.

Después de lo anterior puede hablarse de la vida galante, con su dejo romántico: Aventuras de un catrín; ... Un patito con Teresa; La gatita María Antonia; No me digas adiós; Una plática de amores; Corrido del cariño; Repelito de catrines; Señora, a su conejito no le gusta el zacate; ¡Ah qué chula eres Pachita!; Por amor; La mujer de los cien maridos; El novio de mil mujeres; Tiernas súplicas a San Antonio de las jóvenes de cuarenta años; Las lindas mañanitas. Pero todo termina en Pleito de casado; Lamentos de un casado; Ya la vieja de mi suegra nomás quiere regañar; La nueva canción de los parranderos. Y para que no faltase nada en la viña del Señor, un suceso escandaloso origina varias canciones chuscas acerca de Los 41.

Interesa todo: Bola de Costa Chica; Huelga, mitote y gran bola armada por los cocheros; el incendio del cajón de ropa La Valenciana; La prisión del Padre Antonio Icaza; La ejecución de León Gzolgosz, asesino del Presidente McKinley en Nueva York; pero sobre todo lo maravilloso: Una muerta que se levanta del sepulcro; Un cerdo con cara de hombre; Un niño con una cara en las asentaderas; Versos muy extravagantes; La santa de Zatzacola que habló con la Santísima Virgen.

Lo macabro y lo truculento entran en escena, especialmente con los "Ejemplos": Hijo que envenena a sus padres; Espantoso homicidio y verdadero ejemplo; Robo, sacrilegio y asesinato del señor cura; Norberta Reyes que asesinó a sus padres; Horrible suceso ... entre los esposos ... Horrible crimen cometido por Juan Riesca; Horrible asesinato ... ; La degollada de Angamacutiro; De los cuatro asesinatos de Antonio Sánchez que se comió a su propio hijo; Tierna niña de cuatro años violada por un monstruo; Una mujer maltratada a bastonazos; Los cinco asesinatos de un gendarme; y así podría seguir la interminable lista que sería cosa de rematar con el Crimen de la Bejarano y su linchamiento. Toda la vida, pues, en que frecuentemente interviene el demonio mismo; los diablos acompañan a los asesinos, les aconsejan, les empujan a cometer crímenes nefandos.

Y con histórica conciencia se registra el fin del siglo XIX.

Andando los años continúa, como era natural, el espejo de costumbres: Las posadas; Nochebuena; Día de campo; El Can-Can; Judas; Santa Anita; Pleito de vecindad; San Lunes; Los patinadores (barrenderos por castigo) y los tipos clásicos: La Adúltera; Juan sin miedo (el machismo); las mujeres galantes famosas: La malagueña, María la chiquita; Los borrachos; Las solteronas; La bailarina; El huérfano; La suegra; y esa triste compañera del pueblo: La arranquera. Mas junto a todo eso empiezan los discursos políticos, el caso de Arnulfo Arroyo, y en celebraciones patrias y retratos del General Díaz, crece la bola y viene, por fin, la entrada de Madero y las personalidades de la revolución: Zapata, Genovevo de la O, y tantos más, eran ya los nuevos tiempos que Posada alcanza para hacer su magistral Calavera Huertista. Esta es la historia que le tocó vivir.

No sería completa, como es, la obra de Posada si aquí hubiese terminado, si sólo esos aspectos de la vida diaria y de la historia hubiera registrado su buril. Una parte importantísima de sus grabados —y de hecho todos— tienen que ver con "la reina de las facultades", como llamaba Baudelaire a la imaginación. Y no es que se vaya por los cerros de Ubeda y se despegue de la vida, antes al contrario, la injerta a ésta su fecunda fantasía para hacer crítica, como en Las Tres Gracias (el gachupín, el lagartijo y el fraile), o para volver a lo maravilloso: La tierra se traga al asesino; La tarasca; El endiablado; Flora y Gil perseguidos por su contrario Luzbel, que es otra de sus obras maestras. La mujer serpiente y las plagas de México, el hambre y la muerte.

Como los grandes ilustradores y críticos del siglo XIX en Europa, como Daumier y su Robert Macaire, como Gahona y su Don Bulle-Bulle, Posada creó un personaje imaginario para divertir y hacer crítica social; Don Chepito. Esta animadísima figura monta a caballo, torea, boxea, hace discursos, fuma marihuana, pasea, baila, enamora, corteja a las casadas, le dan de palos y acaba con sus huesos en la cárcel.

Y ahora Posada traslada este mundo al otro y entramos en el reino de la Calavera, mundo fantástico y divertido donde reaparecen los personajes de éste y del pueblo mismo y todo, convertidos en animados esqueletos. La muerte y la vida confundidos en el más allá, tal y como puede imaginarse desde este más acá. Da rienda suelta Posada a su imaginación y siempre vitalmente realista, puede ahora con impunidad hacer critica, ya que nadie podría tomar demasiado en serio las travesuras del artista en ultratumba. Don Juan Tenorio, Madero y varias Calaveras revolucionarias son reconocibles, pero sobre todas, la Calavera Zapatista, que cual nuevo jinete apocalíptico siembra la muerte y desolación, y la Calavera Huertista, araña horrenda, son las que se llevan la palma. Después vienen los grandes conjuntos: El jarabe de ultratumba; Todos se mueven, todos trabajan; Revoltijo de calaveras de muchachos papeleros; Las bicicletas; Don Quijote; Don Folías y el negrito; Guerra; Mundial. Por último, una larga serie de preciosas viñetas: Ni aquí te olvidaré; La patera; La pollera; Don Ferruco y su amor; Los "fifís"; Calavera clerical; Calavera Poncianista y todas las que pueden caber en el Panteón de calaveras donde es dueña y señora aquella Calavera catrina adornada con amplio sombrero primaveral.

Teniendo que poner un límite a esta revista, que no tendría fin, ya con lo anotado se puede tener idea de la índole de la obra de Posada, que será necesario estudiar acabadamente algún día; si a lo anterior se agregan las portadas de cuentos, canciones, piezas de teatro, magias negras y blancas y otras cosillas que hacían el encanto de grandes y chicos en su tiempo y hoy día nos encandilan aún con nuevo sentido, se completará este esquema de la enorme producción de Posada.

EL HOMBRE MODERNO *y el* MUNDO CRISTIANO

(Viene de la pág. 7)

bienes que en la tierra recibe. El hombre puede dominar y conquistar el mundo, tal como se lo ha propuesto desde Descartes, siempre que no olvide al autor de este mundo.

Los jesuítas separan también la naturaleza humana del pecado: ser hombre no es ser pecador. El hombre no tiene por qué avergonzarse de ser hombre, ni de vivir en este mundo. Dios va así limitando su esfera de intervención y va creciendo la del hombre. Este no tiene ya que rendir cuentas a Dios de todos sus actos, no todos ellos son pecado, sólo algunos muy especiales. No tiene que rendir cuenta sino de aquello que prohibe la religión. Cumpliendo el hombre los mandamientos de la ley de Dios y los preceptos religiosos, queda libre para hacer en lo que no le esté prohibido, todo aquello que quiera hacer. La relación entre el hombre y Dios se torna semejante a la del ciudadano con el juez: el hombre viene a ser libre para todo lo que no se le prohibe legalmente, puede hacer todo lo que no está prohibido. Sus actos dejan de ser malos por naturaleza, unos lo son y otros no. Dios no castiga ya al hombre por haber sido infiel con El al no entregarse plenamente a su amor.. No castiga al hombre por su amor al mundo. Lo que castiga es la falta de un deber social, el no acatar la ley divina que tiene como fin el respeto al prójimo. Dios castiga el robo y el asesinato y premia la honradez, tal como lo hacen los jueces terrenales. Prácticamente ya no hay pecadores, lo que hay son hombres que obran bien o mal. A Dios le compete premiar la virtud y castigar el crimen.

Ahora sabe el nuevo hombre por qué Dios premia y castiga, ya ha dejado de ser un misterio. Es falso que existan elegidos, todos son castigados por igual, de acuerdo con sus obras. Esta idea da fin a algo a lo cual temía mucho el cristiano, a la muerte. El hombre cristiano estaba siempre pendiente de su muerte: la muerte era lo más solemne, de ella dependía la vida o la condenación eterna. Acerca de esta salvación o condenación nada sabía, todo dependía de la voluntad de Dios que le otorgase o no su gracia. Esta incertidumbre hacía temible a la muerte. Pero ahora esto había cambiado. Las personas honorables, los hombres honrados, no tienen por qué sentir miedo de la muerte. Los únicos que deben temer a la muerte son los hombres no honorables, los ladrones, los criminales. Para éstos la muerte es una pena semejante a la que sufre el criminal que ha sido condenado al patíbulo por sus maldades. El hombre honrado no puede temer al patíbulo como tampoco puede temer a la muerte. El que obra bien se salva, el que obra mal se pierde, todo es sencillo, humano, sin complicaciones; se acabaron los misterios.

Así, los grandes motivos trágicos del hombre cristiano, Dios, el pecado y la muerte, pierden su sentido. Dejan de perturbar la vida del hombre. Todos ellos están ligados a esta vida, sus problemas de otro mundo. Dios se ha humanizado y no exige nada que un hombre cualquiera no pueda hacer para salvarse. El hombre no está condenado a pecar y por ende a perderse, el hombre tiene la facultad de pecar, pero sin que esto quiera decir que su naturaleza le inclina al mal. El hombre no es malo por naturaleza. La muerte ha dejado de ser un problema, el hombre es el responsable de su salvación o su perdición.

Ahora no hay nada que se oponga a que el hombre se sienta orgulloso de su naturaleza, de su condición humana. El hombre está hecho para vivir en este mundo y para que lo pase en él lo mejor posible, ya no es el mundo un destierro, un lugar de lágrimas, sino el mejor de los mundos. La felicidad en uno y otro mundo son obra del hombre. Todos los hombres son iguales, por lo cual todos tienen derecho a ser felices; las diferencias entre unos y otros no se deben a la naturaleza sino al esfuerzo que cada uno es capaz de realizar. Unos se procuran mayores bienes, otros menos; ser feliz o infeliz, en uno y otro mundo, dependerá de este mayor o menor esfuerzo hecho para alcanzar o no la felicidad.

La iglesia hace una serie de concesiones a este nuevo hombre para retenerlo en su seno. Concede mucho y perdona más. La casuística aplicada por jesuítas para atraerse a muchos pecadores, fué criticada duramente por sus antagonistas los jansenistas, entre ellos Pascal. Se trataba de una necesaria adaptación de la religión con el nuevo sentido de la vida, para evitar la desbandada de los cristianos atraídos por este nuevo sentido de la vida. Sin embargo, aunque la Iglesia concedía mucho, no concedía todo. El nuevo hombre no se conformaba con lo que la Iglesia le concedía, aun quería más concesiones. En principio consulta a la Iglesia sus problemas referentes a sus trabajos, ssu hijos, etc., mas se da cuenta de que el clero aprueba sus obras, pero siempre imponiéndole ciertas restricciones. Era menester crear un mundo nuevo, un mundo en el cual Dios no siguiese imponiendo limites al hombre. Habría que derrumbar plenamente el mundo que sólo a modo de provisional había sido aceptado. El nuevo hombre se creó así un mundo en el cual no había ya de necesitar de Dios, un mundo en el que la muerte se convertía en algo simple y natural, sin trascendencia; un mundo que no necesita de ninguna gracia ni conoce el pecado. Un mundo, en fin, apoyado en el mismo hombre, sin más allá.

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.

FUNDADO EL 2 DE JULIO DE 1937

★

Director-General: ***Lic. Enrique Parra Hernández***

Gerente: ***Sr. Mario Mendiola M.***

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO DE IMPORTACION Y EXPORTACION

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS DEDICADAS A LA MANIPULACION DE DICHOS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES PARA LA ECONOMIA DEL PAIS

ESTUDIA E INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL COMERCIO INTERNACIONAL

CAPITAL Y RESERVAS: $ 177.805,886.29

★

Venustiano Carranza, 32

MEXICO, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en oficio No. 601-11-15572)

Apuntes sobre Ortega y Gasset

(Viene de la pág. 10)

es sino la transcripción de das Man, *el "se", el "uno de tantos" de Heidegger:*

"...Mas esta sociedad a que me entrego implica que previamente he renunciado a mi soledad, que me he embotado y cegado para ella, que huyo de ella y de mí mismo para hacerme ¡los otros!

"Mis opiniones consisten en repetir lo que oigo decir a otros. Pero ¿quién es ése o esos otros a quienes encargo de ser yo? ¡Ah! nadie determinado: ¿quién es el que dice lo que se dice? ¿quién es el sujeto responsable de ese decir social, el sujeto impersonal del 'se dice'? ¡Ah! pues... la gente. Y la gente no es éste ni aquél, es el puro otro, el que no es nadie. La gente es un yo irresponsable, el yo de la sociedad, o social. Y al vivir yo de lo que se dice y llenar con ello mi vida he substituído el yo mismo que soy en mi soledad por el yo-gente, me he hecho 'gente'. En vez de ser mi auténtica vida, me la desvivo alterándola."

Los dos modos heideggerianos, propiedad *e* impropiedad, *aparecen bajo otros nombres: "esos dos modos de la vida que son la soledad y la sociedad, el yo real, auténtico, responsable, y el yo irresponsable, social, el vulgo, la gente."*

32 *Forma del movimiento peculiar al régimen socialista donde ya no hay lucha de clases.*

33 *Cfr.* España invertebrada.

34 *O. C., ed. cit., III,* 147.

35 *Cfr.* Hist. como sistema, *Rev. de Occ., Madrid, p. 10.*

36 *Op. cit.,* p. 24.

37 *Aquí resulta oportuna la célebre definición: "El marxismo es la ciencia del desarrollo de la naturaleza y de la sociedad, la ciencia de la revolución de las masas oprimidas y explotadas, la ciencia de la victoria del socialismo en todos los países, la ciencia de la construcción de la sociedad comunista."*

38 *Cfr.* El ocaso de las revoluciones *en* El tema de nuestro tiempo.

39 *O. C., ed. cit., III,* 208 *(subrayado por mí).*